



# EL CUARTO REINO

*Francesc Miralles*

Luciérnaga

# EL CUARTO REINO

*Francesc Miralles*



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Francesc Miralles, 2007.

© imagen de cubierta: Shutterstock.

Primera edición en Martínez Roca, 2007

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: febrero de 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-15864-93-6

Depósito legal: B. 27.315-2015

Impreso en España – Printed in Spain

*El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.*

## ÍNDICE

### PRIMERA PARTE

LA MÁSCARA DEL MIEDO ..... 15

### SEGUNDA PARTE

EL CIELO ES EL LÍMITE ..... 53

### TERCERA PARTE

CIUDAD PROHIBIDA ..... 151

### CUARTA PARTE

LOS ÍDOLOS DE PIEDRA ..... 245

### QUINTA PARTE

EL OBSERVATORIO DE VOLCANES ..... 365

*Epílogo* ..... 409

La muerte es sólo el principio.

Esta frase se había congelado en mi mente, como el retrato que me miraba desde el periódico abierto. Un hombre recién entrado en la cuarentena, como yo, con camisa de franela y gafas de montura metálica. Bajo el pelo repinado con la raya al lado, su expresión era tan ausente como veinte años atrás.

Sentí que mi corazón palpitaba muy fuerte. Cuando alguien deja de vivir, las fotografías se vuelven apariciones de fantasmas.

Por unos momentos me olvidé de que me hallaba en un café de Berna, a diez mil kilómetros de casa, y me incliné sobre el titular de la noticia como si dudara de si estaba despierto o soñando:

Un periodista estadounidense es asesinado en la abadía de Montserrat.

Aunque no había estado nunca allí, sabía que Montserrat no se hallaba muy lejos de Barcelona. Una ciudad que tampoco conocía ni me interesaba conocer, porque era la tierra natal de mi padre, y él pertenecía a un pasado oscuro que yo quería olvidar. Por eso mismo me sorprendía que un compañero de estudios de Berkeley hubiera muerto justo en aquel lugar.

¿Qué diablos se le había perdido en Montserrat?

Porque aquél era, sin duda, Fleming Nolte. Nunca habíamos sido amigos, pero había coincidido con él en la facultad de Periodismo y en la residencia universitaria. De hecho, durante buena parte de la carrera había vivido a dos puertas de mi habitación.

Siempre había pensado que Fleming sufría algún tipo de fobia social. Reservado en extremo, era muy raro que se detuviera a hablar con nadie. Caminaba nervioso de un lugar a otro con una carpeta bajo el brazo —nunca se separaba de ella— a punto de reventar. Ocasionalmente dejaba escapar un breve «Hola», pero lo más habitual era que se limitara a levantar las cejas, como si dijera: «Ahora no tengo tiempo de charlar contigo. Pero date por saludado».

Dentro de su rareza parecía un tipo eficiente.

No había vuelto a saber de él desde que me había licenciado en Periodismo. Veinte años de aventuras y desventuras como *free-lance* de prensa escrita, que se habían saldado con un matrimonio, un divorcio y una hija que acababa de cumplir los catorce. También tenía una casa a medio pagar y muchas deudas. Por eso estaba condenado a aceptar cualquier trabajo que se me presentara.

De repente me di cuenta de que había dirigido este breve repaso biográfico al muerto que me escrutaba desde el *Berner Zeitung*, el periódico que había hojeado por aburrimiento mientras hacía tiempo hasta la salida de mi avión.

Faltaban cinco horas para el próximo vuelo a Los Ángeles. Billete abierto en primera clase: ventajas de trabajar para un misterioso mecenas, que me había encargado un reportaje sobre los fondos nazis en los bancos suizos durante y después de la guerra. Dos semanas revolviendo papeles y todavía nadie me había dicho dónde iba a publicarse.

De hecho, ni siquiera sabía para quién estaba trabajando. Había recibido el encargo por teléfono a través de una agencia de prensa. La secretaria con la que había hablado sólo había mencionado las condiciones económicas, el tema a tratar y la extensión. Probablemente tampoco sabía mucho más. Al día siguiente ha-

bía recibido en mi casa de Santa Mónica los pasajes para volar a Suiza, la reserva del hotel y un primer cheque de 5.000 dólares.

Pocas horas después de enviar el reportaje a una dirección electrónica formada por iniciales y números, había recibido en el hotel un segundo cheque con el mismo importe. Misión cumplida.

«Ojalá fuera todo siempre tan fácil», me había dicho, ignorando el abismo que estaba a punto de abrirse bajo mis pies.

Pero aquella noticia había fundido mi felicidad de volver a casa con el bolsillo lleno. De repente entendía que aquello no era sólo una casualidad siniestra. Era una señal, y tenía la impresión de que había entrado en aquel café de Theaterplatz exclusivamente para recibirla.

Como si aún no me atreviera a leer el contenido de la noticia, me refregué los ojos mientras recordaba la única frase que me había dirigido Fleming en todos aquellos años de universidad: «La muerte es sólo el principio».

Lo había dicho una tarde de mayo que hacía mucho viento. Delante de la residencia de estudiantes había un pequeño cementerio privado. Más de una vez había visto entrar allí a Fleming con su abrigo largo y una carpeta bajo el brazo. Nunca se separaba de ella.



Por la facultad se comentaba que él procedía de una familia puritana. Aun así, el aspecto que tenía entrando en el cementerio no era el de un joven religioso, sino el de un bohemio introvertido que se esconde en el único lugar donde sabe que no será molestado.

Quizá precisamente por eso —los periodistas somos figones por naturaleza— aquella tarde decidí seguirlo para saber lo que hacía.

Fleming caminaba sin prisas y se detenía de vez en cuando, levantando la nariz como si catase la calidad del aire. Finalmente se agachó sobre una losa cubierta de musgo. El nombre del difunto y la inscripción eran ilegibles. Sólo pude distinguir el año de la muerte: 1945.

Segundos después vi con sobresalto cómo él se volvía hacia mí. Lo hizo con lenta firmeza, como si hubiera sabido desde el principio que le espiaba. Aun así, mi presencia no parecía molestarlo. Fue entonces cuando dijo aquella frase que ahora regresaba a mi memoria:

—La muerte es sólo el principio.

Y nada más. Luego se levantó y salió del cementerio dejándome allí solo.

Una camarera pálida y ojerosa me sacó de aquellos pensamientos al preguntar con una suave cantinela:

—¿Desea alguna cosa más? Acabo mi turno y tengo que hacer caja.

—No, gracias —respondí con mi alemán aprendido en Berkeley.

Mientras me descargaba de monedas suizas para pagar la cuenta, la camarera retiró la taza y el plato con la cucharilla. Cuando se llevó los francos que había dejado sobre la mesa, aproveché para extender toda la plana del periódico. Respiré hondo antes de leer:

*Agencias.* El ciudadano estadounidense Fleming Nolte fue hallado muerto ayer martes en una celda del monasterio de Montserrat donde, según el portavoz de la abadía, se había instalado dos días antes para completar un estudio sobre las vírgenes negras de Europa. El periodista de cuarenta y un años fue encontrado sobre su escritorio, ya cadáver, por un empleado de la limpieza, sin que hubiera signos de violencia ni de que la puerta o las ventanas hubieran sido forzadas. Sin embargo, la policía ha descartado que se trate de una muerte natural, aunque no han trascendido los detalles del informe forense porque el juez ha decretado el secreto del sumario. Fuentes cercanas a la investigación señalan, no obstante, que el ordenador portátil había sido formateado para borrar todos los archivos en los que trabajaba el difunto. La ausencia de discos grabados o de dispositivos USB en la celda apoyan la hipótesis de que el móvil del crimen podría estar relacionado con la investigación que el norteamericano estaba realizando.